

APUNTES

POR AGUSTIN EGURROLA

A MODO DE PROLOGO

Llegaron las ansiadas vacaciones. Quién más, quién menos, tiene sus proyectos para disfrutar de los mismos. Mi deseo era hacer una excursión cuyo objetivo principal fuese realizar algunas ascensiones, visitar montañas situadas fuera del radio de acción «dominical». Pero no era compartido por los que podrían acompañarme, y, por otra parte, quienes lo hubieran hecho gustosos, no podían, por impedírsele obligaciones más importantes. Y como ya me había sucedido esto antes, pensé que si esperaba a que se conjugasen todas las circunstancias favorables, corría serio peligro de llevar a cabo mis proyectos..., acompañado por los nietos. De modo que, una vez más, salgo solo «por ahí»...

RUMBO A LA RIOJA

Mochila al hombro y cachava en ristre, inicio el «periplo». Combinando «coche de San Fernando», autobús y ferrocarril finalizo la primera etapa en Haro.

Aunque en las líneas que siguen tampoco se relata ningún «descubrimiento» —ni muchísimo menos—, pasaré por alto los detalles de esta primera etapa, por ser una zona harto conocida para la mayoría de los lectores de esta revista.

Tras un día de estancia en esa localidad, tomo el tren que, a través de la fértil llanura, me conduce a Ezcaray.

Este pueblo, al igual que otros tantos de la región, está lleno de veraneantes; cosa natural, habida cuenta la proverbial salubridad de su clima, la calidad de los alimentos y la campechanía de sus gentes.

Visita a la iglesia parroquial, de imponente fábrica de piedra roja. En la puerta principal, que ostenta figuras —magníficas, tal vez, en otro tiempo; hoy gastadas— figuras de santos, talladas; un rótulo de letras rebuscadísimas, «churriquerescas», pidiendo decencia en el vestir a las mujeres.

Provisión de viandas y andando, a las doce del mediodía en punto, camino de Urdanta. Los ocho km. de recorrido son de escaso interés. El nombre de este oscuro (oscuro por el color de la piedra con que están edificadas sus modestas casas) y apartado barrio tal vez sea una degeneración del vaso Urdaneta, pues en el mismo se juntan los arroyos que bajan de las inmediatas laderas.

Aquí el camino se reduce a un sendero y se va empinando a medida que se avanza hacia el San Lorenzo. De pronto, las nubes que habían permanecido estacionarias, empiezan a moverse en mi dirección y a soltar una fina lluvia. Pero, afortunadamente escampa pronto y, al retirarse las nubes permiten con-

templar, ya próxima, la mole entera. Cuando llego al borde inferior del gran circo que tal vez contuvo un glaciar en otra época geológica, y he avanzado un trecho por el mismo, veo cómo de entre el ganado que pace allí, cuatro toros de fiero porte dejando de pastar se dirigen hacia mí. «No hacen nada, si no se les molesta...»; me dice, tratando de tranquilizarme. Pero..., ¿y si son la excepción de la regla? ¿Qué hacer? No hay árbol donde encaramarse ni agujero donde meterse; todo está liso y tapizado de fina hierba. Afortunadamente, con el corazón golpeando como un tambor, observo que se limitan a mirarme fijamente con sus negros ojazos y las orejas vueltas hacia adelante...

Repuesto del susto, continúo ascendiendo directamente hacia el collado que se forma entre Cabeza Parda y la cumbre. La pendiente es acusada en este tramo, lo que unido a la «tara» de la mochila bien cargada, obliga a resoplar con fuerza. En dirección opuesta bajan algunos arroyuelos que van a remansarse un poco en el fondo plano del circo, para volver a lanzarse atropelladamente en la profunda y empinada garganta que se abre al pie del mismo.

Desde el collado asciendo directamente a la cima, por terreno no tan inclinado como el último trecho pasado, si bien la abundante piedra suelta hace un tanto penosa la subida. En lo alto se encuentran muchos cascotes de tejas, pertenecientes según tenemos entendido, a una ermita que allí existió, dedicada al santo que le da nombre a esta cumbre; la más elevada, después del Moncayo, en la Cordillera Ibérica.

A pesar de ser pleno verano corre allí un viento muy frío, lo que me obliga a ponerme toda la ropa. He tardado cuatro horas y media desde Ezcaray, y ahora, tras contemplar el magnífico paisaje que se extiende en todas las direcciones, me guardo del viento en el pequeño refugio de emergencia, que allí existe.

Al cabo, recojo el equipo, y en marcha otra vez. Allá abajo queda Urdanta como empotrado en el fondo de un embudo. Más lejos, Ezcaray, y al fondo la huerta riojana, limitada al Norte por la mole del Toloño.

Inicio el descenso por el collado que separa Cabeza Parda del pico contiguo en dirección Norte. Por la inclinada ladera, sigo primero el curso del arroyo que nace allí mismo. Luego me meto en un hayedo hacia la derecha, pero al no dar con ninguna senda opto por tirar para abajo, sin preocuparme demasiado por la dirección. El suelo está mullido a causa de la gruesa capa de «orbela» —hojarasca— que lo cubre. Se encuentran preciosas cascaditas y también una pequeña, pero muy bonita, «cola de caballo».

Al fin doy con un camino ancho —que por cierto lo están ampliando, a juzgar por lo que se ve—, y siguiendo el mismo, llego a una carretera. Tiro hacia abajo por la misma pensando que me llevaría hacia Valvanera, pero cuando llevo recorridos unos cinco kms., una zagalilla me informa que conduce a San Millán. ¡Vaya, hombre! «No tiene pierde», había asegurado el simpático vecino de Ezcaray que me informó acerca del camino a seguir; pero se conoce que no he seguido sus instrucciones.

Bueno, pues iremos a San Millán. Total, ¿qué más da? Carretera adelante me encuentro con algunos vecinos de Lugar del Río, que —ya anochece— vuelven a casa, dejando el trabajo del campo.

Junto a la carretera bajo el río Najerilla, que este verano, a consecuencia de la mayor cantidad de lluvias, lleva un caudal superior que de ordinario en

esta época. Su ancho cauce, en el que crecen los airosos chopos, está limitado, en esta zona, por las altas y empinadas estribaciones de la Sierra; que van perdiendo perfil a medida que nos acercamos al Ebro.

Lo mismo en el río que en las acequias corre abundante, silenciosa y purísima el agua que, más abajo, regará la huerta dándole su conocida feracidad.

Nueve Km. de carretera y llego, (son las diez de la noche) a San Millán. Lo primero que se aprecia, aunque es noche cerrada es la mole del monasterio, rodeado (enmarcado, mejor) por grandes murallas.

Aquí no hay posada y me indican que vaya al «parador». Desando medio km. y, efectivamente, encuentro lo que deseaba.

A la mañana siguiente, domingo, subo a oír Misa a Lugar del Río, siendo el celebrante un joven sacerdote agustino, del convento de San Millán. En el camino coincido con unos castizos paisanos que dicen van a pasar el día junto a la ermita donde, según la tradición, pasó muchos años el santo. Van provistos de buenas chuletas y vino abundante. Sería curioso ver la euforia que traerán estos tipos —a cual más pintorescos— al atardecer.

La modesta iglesia, que se distingue por la espadaña, es de color terroso por fuera y encalada en el interior. Un Cristo que pende de una de las paredes tiene ambos pies mutilados y el brazo derecho separado del cuerpo, cuelga de su correspondiente clavo. Ayudan a Misa dos monaguillos flacos; que a su vez, se ayudan de sendas hojas en las que tienen escritas las oraciones que deben recitar. Sobre los delgados brazos se les destaca fuertemente el bulto de las mangas de la camisa remangada. «Flacos, pero correosos», que dirían los mejicanos con su peculiar entonación, sacuden con gran nervio la campanilla y parece que van a romper el suelo cada vez que hacen una genuflexión.

A la salida se entabla la obligada charla. Los aldeanos se lamentan del año tan malo que llevan para el campo y tratan de satisfacer su curiosidad —con mucho tacto y discreción, eso sí— acerca de dónde habrá llegado ese forastero.

Regreso a San Millán y visita a la iglesia y el monasterio, conocido por el «Escorial de la Rioja». Hermoso monumento. La iglesia es de estilo Gótico rebajado, y los altares pertenecen a diversos estilos y escuelas. Lo más notable es, tal vez, la inmensa biblioteca, en la que no se guardan obras posteriores a la Restauración, y donde los códices y documentos antiguos se remontan al siglo XI. El cicerone, muy campechano nos muestra curiosidades como las firmas del Cid y de muchos reyes y otros personajes importantes vinculados a la Historia de España que todos conocemos. Este monasterio fue durante varios siglos uno de los centros culturales y artísticos más famosos e importantes de España. Sufrió grandes despojos durante la Guerra de la Independencia. Concretamente en 1808, los franceses se llevaron en una sola noche todo cuanto de oro, plata y valor material hallaron.

Recojo mis efectos y tomo el autobús para Logroño. Mientras espero la llegada de éste, pasan varios paisanos, que vienen con sus grandes carretas arrastradas por los no menores mulos. El calor (es la una del mediodía, y luce un solazo espléndido), las moscas, los gritos de los mozos a los mulos, las chispas que sacan estos en los adoquines de la empinada calzada que tienen que subir, el sudor...; componen una recia estampa de sabor barojiano.

CAMINO DE ARAGON

De la capital riojana paso en tren a Zaragoza. Llegado a la ciudad mañica, visita al frontón «Jai-Alai», en el que juegan, entre otros, algunos condiscípulos míos, siendo la mayoría paisanos y conocidos. ¿Dónde vas con «esa» pinta?, me preguntan sorprendidos. Aclarado que me dirijo al Pirineo, aún tienen sus dudas: «pero si en nuestro pueblo no hay si no montes, ¿cómo se puede salir para ver lo mismo? No lo entiendo...».

Terminada la estancia «turística» en esa ciudad, tomo de nuevo el tren y me dirijo a Huesca. Es el día San Lorenzo, y la población se divierte con numerosos festejos. En la calle principal tiene lugar un vistoso desfile en el que participan soldados de Infantería y Caballería con uniformes de gala, cabezudos, carrozas a cual mejor preparadas y «tripuladas» por guapas señoritas, como es de rigor; cuadrillas de mozos ejecutando una danza con espadas —que debe resultar muy fatigosa a juzgar por lo mucho que levantan las piernas—, varias bandas de música... y un solazo espléndido señoreándolo todo.

Visita a la catedral y al Museo que ha montado la Diputación oscense en el recinto de la vieja Universidad, la primera de España. Magnífica exposición de las posibilidades, realizaciones y proyectos que tiene la provincia. Visita —no puede faltar, claro está— al célebre recinto donde, según la Historia, tuvo lugar la macabra escena de las cabezas de los nobles degollados por orden del monje, obispo y después Rey, Ramiro II, y que formaban un montón al que se le denominó «La Campana de Huesca».

Rumbo a Graus, en autobús. Poco antes de llegar a esta ciudad aparece el pantano de Barasona. Sus azules aguas contrastan fuertemente, alegrándolo, con el paisaje circundante. La proverbial sequedad de la «piel de toro» va siendo alterada por los muchos lagos que ha hecho nacer el hombre; convirtiendo en vergeles, lo que antes eran eriales, produciendo la fuerza motriz de todo el progreso y embelleciendo la ya de suyo hermosa geografía hispana.

Lo primero que se deja ver al bajar del autobús es el monumento a D. Joaquín Costa, el ilustre sabio aragonés, cuya inteligencia abarcó todos los ramos del saber humano; siendo considerado como uno de los grandes polígrafos del siglo XIX. Es digna de ver también la plaza, rodeada de típicos porches

Dominando la población se encuentra el Santuario de la Virgen de la Peña, fundado en 1540.

Ante la perspectiva de tener que esperar cinco horas al próximo autobús que sube a Benasque, decido tirar carretera adelante, que siempre se ve algo. En frente, a lo lejos asoma la cumbre del Cotiella. El río Esera baja aún tumultuoso. No se han extinguido todavía los efectos de los últimos temporales. Sin darme apenas cuenta he cubierto ocho Km. y me encuentro ya a la altura de Perarrúa, que se apiña —separada de la carretera por un puente de arco romano, muy alto— junto a la margen derecha del citado río.

Un paisano con quien coincido, me invita a tomar un vaso en el pueblo, mientras espero la llegada del autobús, y allá bajamos. En la pequeña plazuela, cuatro hombres jugando al tute, y varios más mirándolos. Unas pocas mujeres y dos ovejas que no se sabe a quién se le habrán descarriado. No se ven jóvenes. «Los pocos que hay se han ido a la fiesta, a Campo —me aclaran—. Pero, en realidad, es que no los hay; salen a ganarse la vida, a Zaragoza y, sobre todo, a Barcelona»...

Ya oscurece cuando llega el autobús. No pasa de Eriste, porque las pasadas tormentas han arrasado la carretera que sube a Benasque. Este último tramo lo hacemos en «jeep».

Unos montañeros catalanes conocen el pajar de la fonda Sayó, y pernocto junto con ellos y tres maños más. Tras hacer el indispensable acopio de víveres nos ponemos en marcha. Los dos grupos con quienes coincido habían encargado de antemano sendos mulos para subir las pesadas mochilas, pero ninguno de los arrieros quiere cargar su «taxi» con la del solitario, alegando que ya van cargados con exceso... Afortunadamente, los simpáticos maños me echan una mano y así la marcha resulta más fácil.

La carretera que sube hasta los «Baños de Benasque» está cortada en muchos puntos, por los pasados temporales, que convirtieron en impresionantes ríos despeñados lo que, de ordinario, no son sino insignificantes arroyuelos colgados en las, cada vez más altas y empinadas laderas que limitan el valle. Brigadas de obreros trabajan febrilmente para habilitar nuevos puentes y arreglar todos los desperfectos.

A lo largo de la subida se suceden las cascadas espumosas y los plácidos remansos de purísimas aguas. Se hace un alto para tomar algún bocado en el anchuroso y verde plano, junto al «Hospital» (ahora puesto de la Guardia Civil). El río viene aquí manso, a flor de tierra, formando algunos meandros. Desde los altos collados de la parte que da a Francia, marcan su trazo plateado hasta el fondo del valle los alocados torrentes, alimentados por las nieves perpetuas, que bajan entonando su siempre alegre música...

Empleamos cinco horas en llegar al refugio de la Renclusa, que está colmado de montañeros. Nos alojamos en el «Renclusa-petit» pequeña construcción con un fogón y dos «camas» de madera donde poder echarse a dormir. En este momento llega un grupo que ha estado en el Aneto. Dicen que hace un frío terrible, que el «paso de Mahoma» está helado...

La tarde transcurre en distribuir los efectos en el interior del cobertizo, preparar lo necesario para la excursión del día siguiente... y cenar bien. Pero, el hombre propone y..., Dios dispone que llueva y se cierre de nubes, para un poco después empezar a nevar. En esas condiciones no es prudente salir, y en compensación, al tiempo que se combate el frío, acarreamos leña para el «hogar». Por cierto que el administrador del refugio, don Antonio Abadías, manifiesta una postura bastante peregrina al respecto: no se opone a que se encienda lumbre..., siempre que los usuarios lleven su propio leña. Y a continuación añade que todos los árboles —en pie como derribados— que hay en los alrededores son de su propiedad o los administra él... De todas maneras, el «león del Aneto», sobrenombre por el que es conocido, (dice haber subido más de cuatrocientas veces a la más alta cima del Pirineo), parece un baturro simpático.

Hacia el mediodía se levantan las nubes y luce el sol. Los catalanes deciden intentar el Aneto y me uno a ellos. Remontamos la larguísima morrena del glaciar del Maladeta, y, como el «guía» no está muy seguro del itinerario que se debe seguir, continuamos hasta el borde superior del helero, al mismo pie del negro picacho. Entonces se percata de que ha errado el camino, y volveremos a descender hasta dar con el pluviómetro, un poco más arriba que el pico de La Renclusa. En este punto pasamos a la vertiente que da al glaciar del Aneto, pero las nubes han vuelto a cerrarse, empieza a nevar acompañado el blanco elemento por fuerte ventisca y el avance se hace cada vez más penoso: las gafas se cubren

de nieve, los «cairns» no se aprecian apenas, cubiertos por el blanco sudario, y tras «celebrar consejo» al precario abrigo de una peña, decidimos (son ya las 6 de la tarde) regresar. Cruzamos el portillón superior —que ha sido reconocido al entrever un momento el alto espolón que lo hace inconfundible— y en adelante, procurando no pagarse el tortazo en las resbaladizas piedras (todo está helado y por doquier cuelgan los carámbanos) llegamos al refugio cuando se va cuajando de brillantes estrellas el firmamento. Hace un rato ya que ha escampado. Ahora se aprecia y degusta verdaderamente el calor de una sencilla lumbre. Parece como si hubiera acampado una tribu de «calés»: botas por aquí, pantalones por allá, calcetines...; todo ha sido desparramado, para secar alrededor del fuego.

Empiezan a oírse unos chasquidos, procedentes del tejado del cobertizo. Está helando. Buena señal. ¡Mañana hará bueno! Y, en efecto, amanece un día espléndido cuando ya estamos en camino. Ayer fue con los «noys». Hoy, en cambio, aquellos proyectan pasar al valle de Estós, y «vasco» —como me llaman mis compañeros de refugio—, se une a los maños, con el decidido propósito de intentar cuantas veces fuere preciso (una vez llegado hasta allí la ascensión al Aneto.

Esta vez el guía es experimentado. Es de los que colocaron la cruz en la cumbre y conoce bien el camino a seguir..., además que, de día y marcado como está por tantos «cairns», no tiene pérdida. Con el propósito de alcanzar a las tres cordadas de franceses, ingleses y austriacos que nos preceden, nuestro guía quiere atajar haciendo algunos pasos peligrosos antes de alcanzar el Portillón superior. Después, la nieve caída el día anterior se presenta en muy buen estado y progresamos por el glaciar sin dificultades.

Me quito las gafas para probar el efecto que causa la reverberación de la nieve cuando le da el sol. Sería un tormento irresistible caminar mucho tiempo de ese modo.

De pronto nos envuelve la niebla, y entonces se tiene la sensación de marchar por un mundo irreal, son contornos de referencia, envueltos en una luz difusa proveniente de un impreciso disco amarillo... Con las gafas puestas no se ve casi la punta de los propios pies. Parece como si avanzásemos flotando en el espacio vacío y misterioso...

A la altura del pico Coronas damos alcance a los grupos precedentes, que suben encordados.

Y sin dificultad particular llegamos a la cumbre con muy buen tiempo, aunque muy frío. Desafortunadamente, a nuestros pies se extiende un mar de nubes que no permite apreciar la majestuosidad del panorama que podría divisarse.

Las consabidas fotografías para conservar el recuerdo... y el anhelado «carbante» para reponer fuerzas. Hace cuatro horas y media que hemos arrancado allí abajo, y aún no hemos tomado sino unos sorbos de agua azucarada...

Llegan las cordadas que hemos sobrepasado en el camino. Saludos y el obligado ¿sí gustan? Dan las gracias y, refugiándose del viento helado (que a la imagen de la virgen del Pilar, allí instalada, le forma un ancho y brillante carámbano, cual si fuera una continuación de su manto), cada cual hurga en la mochila, al tiempo que va pasando de mano en mano el «libro de visitas».

Antes de iniciar el descenso, trato de fijar en las retinas la salvaje belleza de los agudos picachos que, cual gigantesco espinazo, se alzan próximos: Coronas, Astorg, Maladeta..., emergiendo negros y fieros de entre la nieve y nubes circundantes.

El día soleado ha hecho reblandecerse la nieve en el glaciar, y se avanza sin

dificultades por él. Después el portillón, piedras, algunos neveros, más piedras, y llegada a la Renclusa a las ocho horas de haber partido.

Y como ya se ha cubierto el objetivo más interesante, hay que dejar aquellos parajes tan soberbios, pues las vacaciones tocan a su fin, y son muchos kilómetros los que me separan de casa. Así, mientras los compañeros de la excursión se aprestan a preparar algo caliente y descansar, yo me echo la mochila a la espalda e inicio el regreso a Benasque. Me cruzo con dos grupos de montañeros que suben. Hay un gran trasiego de gente que llega y se va, y a fe que cada vez serán más numerosos quienes visiten esos y otros parajes de la Alta Montaña, buscando la belleza o las emociones, amén de jornadas de grata camaradería.

Llegado a Benasque, aún me da tiempo de asistir a la misa vespertina. Hay mucho extranjero, francés principalmente. Y muchos catalanes. Terminado el Santo Sacrificio, van por las calles, llevando una imagen, rezando y cantando para impetrar el favor del Cielo, en el sentido de que no vuelvan a producirse las torrenciales lluvias que unas semanas antes habían causado tantos daños. Al igual que ocurre generalmente entre nosotros, la procesión se compone de media docena de hombres, que apenas se dejan ver entre un ciento de mujeres, de las que solamente rezan y cantan de forma audible las que van en cabeza.

En el pajar de Sayó, cuatro jóvenes barceloneses celebran con sidra achampanada la visita a su primer «tres mil»: el Posets. El heno que nos sirve de colchón es de lo más suave y acogedor..., sobre todo teniendo el cuerpo bien cansado.

A las cinco de la mañana, en pie. Para despertarse del todo nada mejor que un buen lavado en la fuente... Y enseguida llega el autobús que nos llevará hasta Barbastro. Aquí, los catalanes toman para Lérida y este pequeño «trotamundos» sigue para Huesca. Por la tarde a Pamplona. El día es magnífico y permite contemplar gran parte del Pirineo Occidental, con el elevado cono del Collarada en avanzadilla. Al otro lado, el Oroel, cuya rojiza silueta, ahora iluminada por el sol en su ocaso, tarda mucho en perderse de vista.

Noche en la capital navarra, y recorrido «turístico» por sus rincones más representativos, a la mañana siguiente. Hay una verdadera invasión —pacífica, claro— de extranjeros, predominando los franceses. Tiempo magnífico y ambiente muy grato.

Nada más montar en el autobús de «La Vergaresa», me siento «en casa». A mi lado una niña pide en Euskera y gimotea —lo más discretamente que le es posible— para que su madre le dé un caramelo más... Quedan atrás los espacios amplios, las tonalidades ocres... Aquí el verdor y la complicación orográfica en su máximo exponente: atravesamos Guipúzcoa.

Cuando llego a Elgoibar ha salido el autobús que esperaba tomar. Pero ¿qué más da? A un montañero no le preocupa tener que andar un poco, y menos cuando tiene las piernas entumecidas como consecuencia de una larga sentada. De modo que arranco justo cuando el crepúsculo echa su negro manto sobre la Villa, y tomo el atajo, que —esta vez de verdad— cuesta trabajo, debido al mucho barro que se encuentra, lo que obliga a dar más «pasos de baile apache» de los que uno quisiera. Pero eso tampoco importa; el monte debe guardar sus características, pues si lo urbanizamos todo se pierde el contraste.

Según parece, los perros de los caseríos no distinguen a los excursionistas de los «cacos», y me toman por uno de éstos, a juzgar por el escándalo que arman.

Dos horas y cuarto más tarde, finalizo el «vagabundeo», pidiendo a Dios poder hacerlo durante muchos años más...